

## **Vivir para vivir, con Chucho Peña**

**Lanzamiento de la obra poética completa de Chucho Peña, hoy abril 30 de 2018, día en que sumamos 32 años más de vida a sus 24**

Carlos Eduardo Gómez Navas

- ¿Entonces qué viejo Chucho?
- Aquí, haciendo por la vida
- ¿Vamos? camine a ver por donde dobla la esquina
- ¡Pa' las que sea, mientras comienza lo que sigue y si no lo comenzamos!
- ¿Vamos solos?
- Vamos los dos, que con nosotros vienen todos.

Los encuentros con Chucho comenzaban como abriendo una caja de sorpresas donde todas las palabras arremolinadas se apresuraban a salir. Cada frase era una invención, un aliento, una posibilidad de aventura, una ilusión de nuevas cosas.

Aunque en tantos pasajes de sus textos Chucho asegura tener un norte desatinado, su inconsciente sabía que el poeta estaba presente en cada acto, aunque ni el mismo lo supiera. Él adivina, -sin que la razón le otorgue la certeza-, que sus palabras atraviesan la frontera de lo cotidiano y construyen más allá de la usual forma.

Compartir con Chucho no se conjuga en tiempo pasado, pues mírenos aquí en este presente donde, además, de nuevo él es el espacio que abarca nuestro encuentro. “Ahora”, - que era el tiempo verbal predilecto de esos años cercanos a 1980- nos deja la herencia clara de que hay voces para las que no hay antes o después, son letras que traducen la atemporal

existencia, pues para Chucho escribir no era el oficio de unos días, es su forma de existir en el planeta.

Jugarse el pellejo en escribir, ese acto simple de acuñar una letra junto a otra, elaborando un orden comprensible, síntesis de miles de años de cultura acumulada en una frase; Chucho sabe lo que es dejar la suerte echada, los dados tirados en la mesa; ajustar una palabra en el orden poético, catapultarse por encima de los tiempos y dibujar un entendimiento que para cada uno es diferente, pero que para todos tiene un sentido similar: un poema es un derroche de sinrazones, que no necesitan demostrar nada, pero que cumplen el grandioso cometido de alentar el espíritu sin tener siquiera que proponérselo.

En los días revueltos de 1982, llega Chucho a compartir la vida en la casa grande de paredes de tierra y árboles en el solar del barrio san Francisco, donde quisimos inventar un universo de humanidad creadora arrasado por la burda violencia de la intolerancia oficial; donde tallamos en la tierra las gradas de un teatro que no abrió su telón, tumbamos una pared para hacerla de vidrio y construir nuestro estudio de grabación y recogimos los libros desperdigados por el estallido de quienes arreglan aún las diferencias a balazos, porque cantar para los invisibles, para los ignorados de siempre, no es un arte permitido.

Una casa donde imaginamos un espacio para el arte, un lugar para la creación y el debatir del pensamiento de la época que se rebelaba a la mansedumbre domesticada de una ciudad amedrentada por cuerpos de seguridad oscuros y anónimos (aunque en los altos mandos bien reconocidos); un lugar donde nos fuimos reuniendo artistas, intelectuales, periodistas, maestros y estudiantes de esta y otras universidades que perseguíamos construir un lugar para la expresión de la cultura artística, un espacio alternativo a la farándula comercial que imponen los medios y que el manso consumidor compra fácil, sin pensar; era el centro de expresión artística Sembrador.

Este cúmulo de artistas e intelectuales, ya con Chucho, con maestros de otros departamentos, con artistas de otros municipios consolida un espacio de encuentro para inventores de nuevas realidades, para pensadores que proponen, para artistas que reflejan

una realidad, lo que resulta peligroso a una ciudad donde sus autoridades no quieren salir de la parroquia, donde no se toleran cambios que transformen, donde las ideas deben mantenerse en el orden establecido sin propiciar cambios.

Allí se montó una taberna: “Tertulia”, ese enorme propósito con el pequeño escenario del piano vertical y la guitarra de Inés y Jairo, donde “[...] *gasto papeles recordándote*”; lugar de los poemas que : “[...] *Amarrado a un cordel el viento paseaba mi espíritu por el territorio de los ídolos de piedra...*”, los performances, donde muchos cantamos o bailamos el uh ahh, uhh ahh de Micaela la que se botó con el Pete Rodríguez y tantos de la fusión latina; pero la sola idea desbordaba la tolerancia de una ciudad callada, donde sus autoridades arrugadas en la cobardía de sus fusiles anónimos reprimía todo lo que renovara su prototipo de sociedad arcaica, obediente y previsible.

Con Chucho anduvimos juntos muchas calles de esta ciudad, donde la risa era la celebración para poder burlar la lógica de la intolerancia y percibir desde el andén un país que se dejaba conducir a su ruina. Mi madre apreciaba nuestra llegada a casa en las tardes y en medio de sus costuras nos deshojaba su tiempo en tajadas de pan, conversación y chocolate que compartimos a tres voces, con él, que encariña con su desparpajo, su franco entretejer lo simple de la vida, el aprecio cálido hecho bromas y conquistas; ella que revoloteaba también en su aviario, siempre lo asemejó a sus pichones y fue como lloró su despedida: “es como si hubieran estripado un canario”, dijo ella esa tarde cuando supo de su desaparición.

Proveníamos de la época del gobierno de la torpeza, de aquel presidente indigno y díscolo, capaz de asegurar que: “reduciremos la corrupción a sus justas proporciones”; el mismo capaz de producir “El estatuto de seguridad”, que condenaba reuniones de más de cinco personas en la calle, con lo que justificó muchos crímenes y desapariciones forzadas, era el gobierno de Julio César Turbay Ayala, el mismo del que cuentan que le hicieron un terrible atentado al tirarle un diccionario entre su limosina.

En lo local, era la época, tan presente aún, donde el gobernador del departamento Luis Ardila Casamitjana utilizaba los recursos públicos para pavimentar un aeropuerto en San Vicente de Chuchurí, donde sólo él tenía avioneta. Informe periodístico que hicimos con la dirección de esa gran mujer bumanguesa Silvia Galvis Ramírez, en la Unidad Investigativa del diario Vanguardia Liberal, donde trabajábamos y con la que obtuvimos cuatro menciones nacionales por nuestros reportajes.

Chucho aprendió cómo desatar las ligaduras de la mente, como abarcar el espacio de la libertad natural de un ser viviente, ese espacio que asumen algunos poetas por tener la certeza de que su obra no obliga, ni hace daño; supo tejer la poesía como la naturaleza de la planta que florece, hizo poemas con la agilidad del viento.

El sembrador era un pequeño paraíso de la creación: biblioteca, musiteca, escritorios, solar con árboles y soledad, a veces acompañada por Wuato -la negrura hecha sabor del Pacífico-, quien golpeaba por horas su maqueta de tambor de palo; Chucho extrae de las horas su esencia y escribe de cada cosa que vivimos un poema como el agua que corre entre las piedras; las letras fluyen como sonidos murmurados, como las magistrales onomatopeyas de León de Greiff.

No se escribe aquí para ensalzar al que nos lleva delantera en la partida que trasciende la vida, pues dirían algunos suspicaces que a todo el que desencarnó lo vemos bueno, pero no; pues podemos compartir también lo que vivimos a madrazos, las veces en que la furia nos hizo insultar a quien en su mísera existencia llevaba a ostentar su insulso poder con el terror de la mano, maldecimos por quien en su obtusa lógica existía sin conciencia del otro, renegamos del abuso, de la perversidad, de la temible represión, de la violencia desde los tronos del poder local y nacional que eran signos trágicos que marcaron esta ciudad y el país entonces, también antes y aún ahora con miserables formas veladas; quizá los gritos, los escenarios y los amigos salvaron nuestras vidas al no dejarnos con la ira acumulada.

El *parche carmático* es un equivalente contemporáneo del viejo adagio: “Dios los cría y ellos se juntan”, así fue que nos juntamos, por el coincidir que establece el universo, cuando Chucho llegó de Medellín, dejando atrás la persecución, el odio y la violencia sembrada por el poder oscurantista que hace tanto insiste en gobernarnos desde Antioquia, esas fuerzas hicieron que Chucho se declarara en retirada: “que se quede Medallo con sus muertos”, era la dolorosa sentencia con la que él cauterizaba en su recuerdo la amada patria chica, que a tantos ya había desterrado a los campos del horror.

Fueron (y hoy son también) miles los desaparecidos, en un país donde el presidente Turbay en 1982 sentenció la desgracia al condenar públicamente con soberbia irresponsabilidad que: “detrás de los trabajadores de la cultura se esconde la subversión” y como si fuera el aguijón a los sabuesos, arrecian los mercenarios con salario pagado por nuestros impuestos. Sólo de la Unión patriótica se cuentan más de 3500 desaparecidos incluyendo al candidato presidencial Jaime Pardo Leal en 1987 y otro candidato presidencial Bernardo Jaramillo en 1990, y aún hoy los jueces sólo hallan el silencio oficial de los uniformados que siguen construyendo la ignominia en el país del sagrado corazón.

Chucho halló en Bucaramanga y muchos lugares de Santander un espacio prolífico a sus días y un sentido a su arrojo, y halló abundante su poema, aquí también halló los tribunales que llevan siglos de aparentar su diligencia, dando tumbos, erráticos, amañados a la necesidad de ser impunes. Aun buscan las pistas de verdugos a quienes vemos tantas veces ocupando los palacios, los escaños y las noticias, verdugos enmascarados de padres de la patria, los que ostentan los tronos del gobierno del terror y se prolongan en el poder por décadas de ineptitud o capacitan títeres obedientes que los suceden.

De seguro aquí se confabula Chucho, para decir con determinación que esos mismos verdugos acaparan por la fuerza la razón y los empleos, congelan el destino del bienestar, opacan la transparencia, condenan la prosperidad común, la urgencia de una cultura que construya una Colombia humana.

## **Andar estas calles ¿nuestras calles?**

Caminar como anduvimos con Chucho, por la calles de la aparentemente calmada Bucaramanga, fue rodar por el espejo de una ciudad latinoamericana, esa parecida a un cuadro de Botero donde el establecimiento regordete se sostiene sonrosado y con mueca de perversión e ironía, mientras crecen los cinturones de miseria que abundan en el paisaje, la miseria de aún hoy que entonces se nos arraigaba en el desgano, se nos arremolinaba en la conciencia; la fortuna de Chucho fue tener la capacidad de convertir sus dolores en palabras hoy impresas.

Chucho gozó del alma leve de vivir sin enconar los odios, porque en su experiencia de vivir convierte en poema el mismo horror que causa visitar a tantos en las barriadas del norte de esta ciudad, igual que en las de oriente y las del sur y por supuesto en las del occidente, en nuestro circundante cinturón de la miseria.

Vive Chucho sin infectar su ánimo a pesar de ver con indignación las épocas donde la autoridad moral ha perdido su sustento, ya en la iglesia, ya en los cuarteles, ya en los mayores capitales financieros y también en las rendijas donde fermentan sus mezquinos intereses los administradores de nuestra riqueza colectiva, que con contadas excepciones, siguen rapaces destrozando el horizonte; así fue la época cuando el presidente Belisario Betancur Cuartas comenzaba su gobierno del 1982 a 1986, cuando campeó la muerte cargada de condecoraciones y oculta en los cuarteles disfrazada de autoridad ejemplar, un presidente que prefirió el holocausto de la corte suprema de justicia antes que escuchar o negociar nuevas opciones.

## **Y la creación se hizo vida, no más mentirosa fealdad**

El regalo que nos ofreció la vida de Chucho entre nosotros es la confirmación de que hay una parte de la humanidad creadora y transformadora de su propia suerte y de que con las manos y las letras, con cantos y danzas, con las formas y los gestos se hacen

entendimientos que nos llevan más alto en la existencia; el que nos lo hayan rapado del abrazo cotidiano es la renovación diaria de un grito que no cesa.

La armonía universal dicta que detengan el más mínimo asomo de terror, el equilibrio de la verdad sugiere a todos, los que desde cualquier labor y lugar en el planeta pueden impedir la ignominia de decretar la muerte, que cesen ya las mezquindades autoritarias de la violencia, pues son más de 500 años en América donde los ostentosos del poder insisten en decretar la miseria humana hallando aún resistencia.

Todos los que amamos la vida, el conocimiento, la creación, el arte, la diversidad y la dignidad, seguimos construyendo convencidos de que la danza en todos sus giros enamora, los colores en cada respiro nos alientan, la acción en cada teatro nos asombra, y como es en Chucho: confiamos en la poética que es la reivindicación de las horas vividas cada día, la memoria que hace horizontes donde recrear la belleza, y devela transparente la verdad de la tolerancia que hay en la biodiversidad.

Las letras rayadas, tachadas y vueltas a escribir sobre papel de cuaderno de Chucho ya trascienden las fronteras del tiempo. Verlas en este libro, es una recompensa a su labor, ahora cuidadosamente compiladas por Ivonne, tanto como creíamos en nuestros juveniles sueños hechos en las artesanales imprentas de fotocopia con presupuesto de nuestro bolsillo, creo que no mayor a veinte mil pesos, que nos permitió editar el primer libro: “delmasestrictouso y abuso”, de la editorial el *Avichucho*, con la determinada decisión con la que quiso siempre él mismo llamar a su empresa editorial.

La expresión de Chucho no es la expresión amañada y complaciente del artista que anhela ser objeto decorativo al que tan solo le rente su propia tranquilidad financiera, fue la expresión que refleja la realidad circundante y claro, se va convirtiendo en la hija repudiada. Si hay hoy incluso candidatos presidenciales nietos de la misma casta descartada que sin pudor proponen acabar las humanidades en la academia, igual se quiere convertir a la cultura en la forma inofensiva de la comida típica, en lo manifiesto en floridos jardines

de avenida, lo pintoresco de una bella artesanía, que, aunque forman parte no están solas, pero así las muestran antisépticas.

Pero el arte, como el que hoy se imprime aquí, aun renueva la vida al plantear interrogantes, sigue ágil en la evolución de un pensamiento, remueve historias para renovar opciones, es cambiante y su dinámica nos alienta a nuevos mundos, a mejores maneras de entendernos, de tolerar y fomentar una biodiversidad que reside primordialmente en las diversas inteligencias que crecen con las demás vidas.

Chucho no tuvo manecita rosadita aunque si se hizo bien experta en hacer una excelente letra que despertó hasta el ánimo a Bolívar y manchó bien el texto en el papel, pues su poesía salió del encuentro con la gente, de la abundancia del afecto y la inquietud que nos mantiene hoy, y por su puesto a Chucho, más vivos que nunca.

La era nos urge a ostentar otros poderes que dignifiquen la existencia, nos transforma el ánimo en la búsqueda de entender, comprender y perdonar, eso que aliviana conciencias y engrandece los hombres. Nos propone el gran reto de caminar del lado de la vida como lo comparte Antún Ramos, el párroco de Bojayá en su camino con los dos comandantes oponentes a lado y lado de su abrazo hoy.

Tal como lo sigue haciendo Chucho entre nosotros con este libro de su obra completa, donde nos hace una invitación a que cada uno construya en sus minutos la armonía de la vida que nos promueve una prosperidad colectiva solidaria, nos incita a tener memoria de nuestra historia que es suelo fértil para sembrar nuestro futuro y nos compele a gestar el arte para hacer de la creación un acto cotidiano, un paso sencillo pero consciente, un encuentro para edificar la verdad de nuestra transparencia, la belleza de nuestras horas y la alegría de que por poco o mucho tiempo en la existencia sigamos construyendo la utopía.

Carlos Eduardo Gómez Navas

Da igual el lugar, ya que lo tenebroso y terrible del poder en Latinoamérica aún no cambia en el 2018